

SUPLEMENTOS LITERARIOS EN LA PRENSA DIARIA



Suplementos literarios, ¿para qué? o, tal vez, ¿para quién? Acaso la pregunta pueda parecer capciosa, si no malintencionada, o mezquina incluso. Detrás de cada pregunta existe la duda; y se duda porque los términos y las palabras engañan. Seguramente, lector, te dirás que esto de los suplementos literarios de los periódicos es algo que no ofrece demasiadas preguntas, demasiadas interrogante sobre su función, sobre el qué son, para qué son; son y basta, te dirás; y desde ahí cabría ya articular una crítica analítica de sus contenidos, de sus modos de operar y de las funciones sociales o culturales de éstos. O con términos más altisonantes, sobre la función social de la crítica. Y es efectivamente cierto que preguntarse por un fenómeno tan antiguo casi como el propio periodismo no deja de ser, a fin de cuentas, preguntarse por una evidencia, por una verdad de perogrullo. Los suplementos literarios de los periódicos son y cumplen, como el propio periodismo, una función esencialmente informativa. Luego vendrá, eso sí, la opinión que allí se vierta.

Y es precisamente su evidencia lo que engaña. Más allá de ofrecer las reseñas críticas de las novedades editoriales los suplementos literarios de los periódicos cumplen también un papel publicitario, seguramente de dudosa eficacia para el mercado y no de tan poca para constituir un panorama de la literatura reciente y, desde luego, para crear un estado de opinión y, por qué no, de debate. Porque se ha de suponer que, si la lectura de libros en España es escasa —comparada con otras lenguas de nuestro entorno cultural—, no tiene

mucho sentido suponer que la lectura de los suplementos literarios es mayor. Llevo mucho tiempo preguntándome cuántos y cuáles son, al margen de los agentes que circulan en torno al libro (autores, editores, críticos), los lectores de estos suplementos. Seguramente escasos. Acaso algunos profesores de literatura y un pequeño grupo de asiduos lectores desocupados en las mañanas de los fines de semana, días en que suele aparecer en cada diario el correspondiente suplemento.

Sin embargo, el peso que éstos tienen en la literatura es de mayor relevancia de lo que en principio cabe suponer. ¿Y por qué? Por diversos motivos; primero, porque el lector de éstos, sea cual sea, es generalmente cualificado, es un lector de *calidad*, cuya opinión posterior en los distintos ámbitos de la sociedad puede tener cierta repercusión. Segundo, porque muchos editores (quizás demasiados) manejan argumentos de edición de acuerdo a la repercusión que un libro o un autor han tenido en la prensa. Con frecuencia podemos ver cómo los *dossiers* de prensa que las editoriales difunden para la promoción del libro utilizan citas de reseñas anteriores de un autor o de un libro reeditado. Podemos ver, además, con una generalizada frecuencia cómo las solapas o las fajas promocionales de los libros reproducen frases entresacadas, con intención únicamente publicitaria, de reseñas anteriores publicadas en la prensa de mayor tirada. Este hecho no es en absoluto ingenio, ni tan siquiera con una sana intención informativa u orientativa. Cualquier lector preocupado y atento podrá comprobar

cómo en demasiadas ocasiones la cita, siempre laudatoria respecto al título o al autor de que se trata, está entresacada de un contexto cuya intención es otra diferente, a veces, incluso, contraria. Descontextualizada de este modo, el crítico autor de la reseña puede aparecer como un *sumo sacerdote* que pontifica y eleva a los altares a tal obra o tal autor. Lo que nació con la intención de informar y emitir una opinión crítica ha quedado, en estos casos, relegado a la mera y perversa función promocional. En tercer lugar, porque, elevado el crítico a la categoría de *sumo sacerdote*, su opinión y su selección pasará en breve, carente ya de sentido crítico, a los manuales de literatura con el marchamo de indudable obra artística, recopilándose así una larga lista de imposturas, porque el criterio de selección de las obras y los autores para configurar la historia de la literatura reciente ha sido, sobre todo, el del mercado, dejando en un plano secundario los criterios estéticos.

Porque hay que tener en cuenta que el trabajo del crítico literario en la prensa opera de un modo muy diferente del académico. Diría que, en cierto sentido, opuesto. La crítica académica trabaja sobre textos definitivamente establecidos, siempre conocidos por el resto de la comunidad lectora y su intención es la de desmenuzar, con las armas teóricas que el crítico estime oportunas, los contenidos y las estructuras de la obra, las razones de ésta y su posición en el contexto de la literatura, tanto en el plano diacrónico como en el sincrónico. A partir de ahí el crítico académico puede llegar a establecer cánones con los

que operar en el método analítico y definir unas líneas generales del pensamiento literario, tanto en el plano histórico como en el sincrónico.

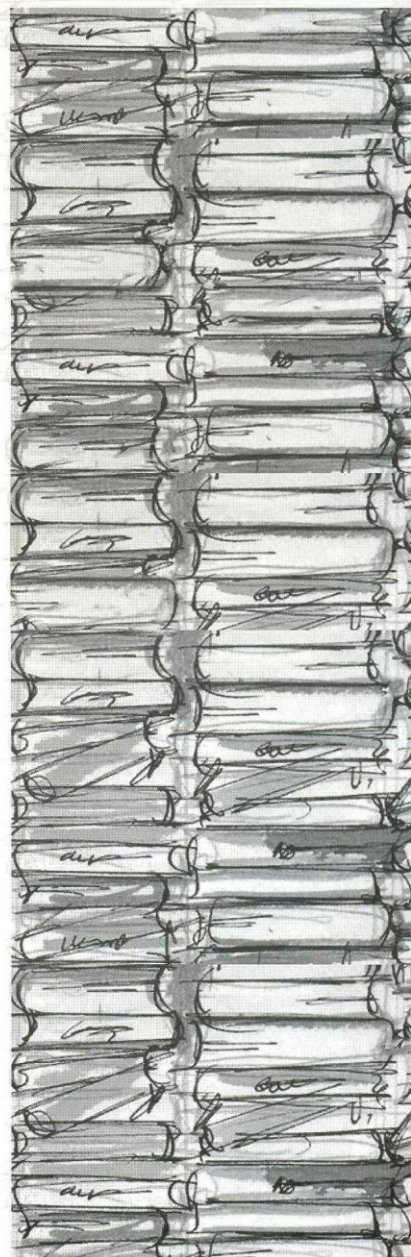
El trabajo del crítico de periódico es bien distinto. Su trabajo es sobre textos nuevos, desconocidos por el lector, quien a través de la reseña puede llegar a conocer la obra, a saber los modos constructivos de ésta y los asuntos que trata; esto es, una labor informativa, entendiendo como tal respecto al libro el ofrecer los modos constitutivos del libro (esencialmente el contenido de las tramas, el uso de las diferentes estructuras narrativas y la intención ideológica que sustenta el discurso artístico). De ahí, que el trabajo del crítico de diarios no sólo no pueda operar sobre cánones estéticos establecidos, sino que incluso debe despreciar los ya conocidos, porque toda obra novedosa puede engendrar en sí, transcurrido el tiempo, otro canon nuevo, porque ya sabemos que cada artista lleva en sí un modo de rebeldía que le hace renegar de las generaciones anteriores, de los procedimientos que éstas usaron, de los modos de pensamiento en que sustentaron su obra. Tradición e innovación operan entonces de un modo no contrapuesto sino complementario, pero sus resultados suelen ser una renovadora forma de ver el mundo. El crítico de diarios, frente al crítico académico, tiene que estar abierto a recibir lo novedoso, a pesar de que su relación con la tradición artística y literaria sea lejana, distante o, incluso, oscura e inexistente.

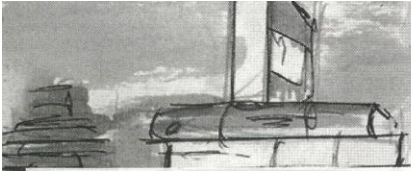
Sin embargo, estos dos modos de trabajo crítico se cruzan, se interfieren y se mezclan en las páginas de los suplementos literarios de los periódicos con demasiada frecuencia. Y no necesariamente porque existan conocidos críticos literarios que sean también profesores, sino porque el trabajo que realiza alguno de ellos no distingue las fronteras que existen entre ambos campos. Pero, aún siendo esto un problema para el buen desarrollo de la crítica periodística, no es, ni con mucho, el de mayor trascendencia. Es cierto que, respecto al lector, estas críticas pseudoacadémicas desenfocan los objetivos que debe cumplir la pieza crítica cotidiana y sus análisis suelen estar alejados de la realidad inmediata, pero tienen una cierta capacidad para ofrecer las líneas estéticas entre las que se maneja el texto.

Tomado el crítico como *sumo sacerdote* de las letras, éste se arroga poderes que nadie, absolutamente nadie le ha otorgado. Y es entonces cuando surge la figura todopoderosa del predicador. Así, a partir de este punto, el crítico se permite decir al lector lo que debe y no debe leer, y al autor lo que debe y no debe escribir. Esta figura de crítico de periódico es tan frecuente que se ha llegado a la generalización del crítico como verdadero atila de los autores. El lector atento pronto lo puede reconocer, porque más allá de contarle la peripecia de la obra, de los modos de escritura, de las estructuras usadas, del ensamblaje de todo ello, suele lanzar una diatriba moral sobre los contenidos, a veces una retahíla de términos especializados, y concluir con un juicio de valor poco, o nada, argumentado. El lector que le sigue no elige, se deja aconsejar ciegamente por la perspicacia de ese *sumo sacerdote*. En estos casos también el autor lleva su ración de consejos y asesoramientos. Así, este tipo de crítico se suele permitir con todo el descaro del mundo decirle al autor como debiera escribir su obra, sin pararse a pensar que, al margen de su parecer sobre el trabajo artístico que tiene delante, lo que debe hacer es informar sobre el modo constitutivo del libro que tiene delante, sin plantearse jamás que debiera ser otro o, al menos, de otro modo escrito. Al margen, claro, de que el crítico a quien debe dirigirse es al lector, nunca al autor.

Y este hecho es debido a que, en este negocio que son los libros, las relaciones e interrelaciones entre los agentes del medio son muchas e interesadas, amplias y para todos los gustos. El aparato propagandístico de difusión y promoción de las grandes firmas editoriales es tan inmenso y tan poderoso, y la presión que sobre los medios ejercen sus oficinas de promoción es tan constante que resulta difícil ignorar ciertos títulos cuando las grandes firmas editoriales se empeñan en ello. Por otra parte, los pequeños sellos editoriales —en algunos, bastantes casos empresas familiares, o casi— carecen de ese potencial, o lo tienen reducido al mínimo, lo que restringe de manera drástica su posibilidad de promoción, de influencia en el mercado y, desde luego, en la crítica. Esto sin olvidar que el autor, se supone, debe de tener, si no miedo, auténtico pavor al crítico. Su mano se alarga como

una sombra défica para bendecir o condenar las obras publicadas, y el autor, temeroso de su destino próximo, lo teme como a un dios bíblico. Este modo perverso de entender la crítica periodística conduce inexorablemente al miedo y a los pagos, y así se establece todo un entramado de intereses y deudas que se cobran y se pagan con escrupulosa puntualidad. Los saraos literarios organizados por las distintas firmas editoriales tienen, más allá de dar a conocer la salida de un determinado libro, la finalidad de establecer estrechos lazos de relación entre autores, agentes literarios, editores, promotores y críticos. En esas celebraciones se habla de todo menos de literatura. El interés por los balances económicos corre inversamente proporcional a los valores morales. Las amistades y compañerismos supuestos no





son sino una forma de crearse clientes. De ahí que el compromiso de la crítica mute de inmediato en la crítica de compromiso, y así, sin el menor sonrojo, la pieza crítica adquiere la forma de *laudatio*, o, según sea el caso, anatematiza a un autor y una o toda su obra. El peligro de todo ello, más allá del inmediato daño producido a la literatura y al lector, es que corriendo el tiempo aquellas reseñas concluyen por colocar o retirar a un autor o a una obra del catálogo de lo literario. La impostura entonces está servida, y han de pasar muchos años para que alguien caiga en la cuenta de la injusticia. De ahí que al cabo del tiempo se recupere la obra de ciertos autores, injustamente olvidados, se dice, y otros pasen, de rondón y por la puerta falsa por la que entraron, al olvido. Entonces se habla, ¡qué curioso!, de

autores secretos, de obras inteligentes, pero difíciles, que, seguramente, se han adelantado a su tiempo, cuando todos sabemos que las obras son buenas o malas, y basta. No se trata, entonces, de un error de la crítica, de un crítico en concreto, sino de todo un sistema que beneficia de modo bastante innoble los gustos del mercado, y el mercado se vale de él para provecho casi exclusivamente mercantil.

Vía los suplementos literarios de los periódicos las casas editoriales colocan con el marchamo de literatura de calidad autores y obras que distan mucho de llamarse arte. La aparición de una reseña—generalmente laudatoria—dentro de un contexto de arte literario o intelectual hace que ésta, sin serlo, cobre la dimensión de imprescindible. Detrás de ello hay un mero interés comercial, ajeno siempre a lo artístico o intelectual y, andando el tiempo el autor o la obra en cuestión deja de ser cuestionada por nadie y aparece en los catálogos más prestigiados, en los manuales escolares o universitarios. Un cotejo de este estado con el mismo de hace 80 o 90 años esclarecería muchos lugares comunes utilizados para la cuestión.

Esta operación de elevar a los altares a quien ni de lejos se lo merece es producto de un intrincado y serpenteante camino recorrido por todos los agentes que operan en el medio literario o intelectual. No es exclusivamente la crítica favorable o desfavorable lo que cuenta. La simple aparición en un medio de comunicación de la reseña, el hecho simple de la anotación o no de un determinado libro, es suficiente para constatar su existencia o su inexistencia. A veces importa poco que la crítica sea buena o mala, lo que realmente importa es que aparezca el libro anotado en las páginas del suplemento literario, que aparezca la foto de la cubierta del libro o, mejor aún, la del propio autor con una expresión que parece llegada de un tiempo imperecedero, de una arcadía incuestionable de dioses y héroes que está por encima del bien y del mal.

Sin embargo, es cierto, los suplementos de los grandes periódicos nacionales no caen tan fácilmente en la trampa. Y esto es por varias razones: la selección de los libros a reseñar corre en parte pareja entre el crítico y el periódico, el volumen de críticas aparecidas es en muchos casos tan grande que poco queda fuera, sin ser reseñado y, sobre todo, además, el clientelismo en las grandes ciudades se diluye en un

magma ingente y espeso en el que no toda recomendación puede y debe ser atendida. En los diarios de provincias, a veces con una calidad superior a la esperada, este clientelismo no es más amplio pero sí más mediocre y provinciano, de manera que puede aparecer con insistente repetición obras cuyo mejor destino es el olvido. Aún recuerdo como, hace algunos años, un diario de una capital grande e importante de Andalucía estuvo publicando una selección de poetas y poesías, en su mayoría de escasísimo interés, durante bastantes semanas, por el simple hecho de que esa pléyade de poetas pertenecían al amplio círculo de amistades del editor del suplemento literario. El asunto resultó, para los lectores que consulté, verdaderamente patético y uno llegó a la lamentable conclusión de que había más poetas que lectores, no ya del suplemento literario en cuestión—que por supuesto—, sino de poesía. En ese caso, el descrédito de la publicación llegó a tanto que acabó por desaparecer.

Sin embargo, parece evidente que el papel que desde el aspecto cultural cumplen estos suplementos es inmenso. Contribuyen, sin duda, a la difusión del libro, de las ideas, e informan con puntual periodicidad de las novedades, de las tendencias estéticas y de pensamiento y, en varias ocasiones, al estado de la cuestión artística e intelectual. Porque hoy, sin lugar a dudas, los suplementos literarios de los periódicos se han convertido de algún modo en el escaparate de la gran librería nacional. El lector puede encontrar en ellos todo un sinfín de novedades, una información puntual acerca de los títulos, de los proyectos literarios y, muchas veces, el comentario lúcido que se vierte sobre una lectura. Ciertamente no todo es clientelismo, ni amiguismo y de cualquier modo resulta el único modo de orientar sobre las publicaciones que aparecen en el mercado, de revisar con criterios críticos y/o estéticos las tendencias del momento. El problema fundamental con que, en fin, se encuentra la crítica de libros en la prensa no es otro que el propio de la sociedad en estos tiempos: querer construir un discurso único y unánime, unidireccional, sin posturas encontradas, sin debate, porque el que disiente está expuesto a quedarse fuera del gran teatro del mundo, a ser considerado como un sátrapa o un terrorista cultural. El debate, las opiniones encontradas no hacen sino dar



luz sobre los libros y el estado de pensamiento de una sociedad. Dos, o más, lecturas diferentes de un mismo autor nunca lo reducen, amplían, sin embargo, sus posibilidades de lectura y suelen dejar entrever los criterios estéticos, que más allá de los cánones, existen y dan razón de un tiempo. Pero, eso sí, hay a quien no se le puede toser, sea autor, crítico o editor. Entonces, todo es una pena. Qué se le va a hacer; nace el gobierno de la ceguera unánime, el aplauso a la mediocridad establecida como canon.

Es cierto, querido lector, que al abrir las páginas del suplemento literario de su diario habitual al menos encontrará una amplia gama de libros novedosos cuya sola presencia en esas páginas habla ya de su existencia. Entonces, poco importa que la crítica sea laudatoria o no. El libro existe, se ha editado, aparece reseñado en los diarios de grandes tiradas, y esa sola información es ya un elemento no sólo de conocimiento del libro sino también de prestigio, una noción en sí crítica; el solo hecho de su selección ha operado entonces con valor crítico y ha pasado a formar parte del paradigma de lo definitivamente establecido. Podré —¿tal vez deberé?— ir mañana mismo a comprarlo. Y es cierto, tan cierto como que aquí empieza la primera impostura. Lo que está existe, lo que no, no. Dicho de otro modo, lo que aparece en el escaparate literario de la prensa es factible comprarlo —para eso están los suplementos literarios, de ahí que, escrupulosamente, la mayoría anoten, a continuación de editorial y páginas, el precio—, lo que no se reseña resulta de muy difícil, si no imposible, adquisición, porque, para empezar, se desconoce su existencia. Porque, como ya he dicho, el suplemento literario de los periódicos es el gran escaparate donde ofrecer las novedades recientes. En un mercado tan amplio, con una cantidad tan ingente de títulos nuevos y de reediciones, el lector preocupado se perdería —o no se encontraría— por un bosque de papel a veces inútil. Es verdad que el suplemento literario selecciona previamente, purga y ofrece, al final, lo ciertamente aceptable. Y esto es cierto, sí, es cierto pero ..., digamos que no del todo. No del todo porque el formato periodístico tiene unos límites de espacio y de tiempo, pero, también, no del todo porque el diablillo de lo comercial, ya he dicho, se ha metido entre las líneas de cada crítica, entre los dedos de quienes seleccionan.

Así, los suplementos literarios juegan un doble, y perverso, papel: de un lado contribuyen de forma efectiva —y, sin duda, eficiente— a la difusión del libro, de la literatura, a informar sobre ella y dar un cierto estado de opinión, porque a través de sus páginas, cada semana el lector atento podrá descubrir las novedades de un mercado excesivamente amplio, disperso y, sin duda, caótico. Pero a su vez, los suplementos literarios escogen y dicen, de forma tácita o expresa —esto al cabo da igual—, lo que es y no es arte literario, lo que está o no dentro de los cánones fieramente establecidos por el santón ciego y omnipotente del mercado. Así, se puede perpetuar durante años, lustros, a veces incluso siglos, un modelo literario, que pasado el tiempo preciso se cuestiona su naturaleza, su presencia en el amplio y extraño país de los libros. Cuántos autores, pasados los años, se recuperan de la pléyade del olvido. Cuántos caen al desierto de arenas inanes abrasados por el pasado del tiempo y las modas perecederas. Dónde están hoy Echegaray —nada menos que Echegaray, premio Nobel a comienzos del siglo—, El Caballero Audaz, Zamacois, los Hermanos Álvarez Quintero con su gracejo ágil y bonancible. Aún recuerdo cuando Cernuda era casi un autor menor en las historias literarias escolares o Flaubert aparecía resumido en tres líneas en la letra pequeña a pie de una página en la que se enseñoreaban Valera o Blasco Ibáñez. Hay más, pero es lo mismo, siempre lo mismo para una sociedad a la que hay que darle deglutido cada salto al vacío de verdadero artista.

¿Para qué, entonces, para quién los suplementos literarios de los periódicos? Para esos pocos, escasos lectores que no quieren perderse definitivamente en el océano de páginas y títulos de nombres resonantes, altisonantes con formato de producto comercial. Para no dejar un hueco insondable donde la no-información ejerce el papel definitivo de la selección caótica e interesada del cartel publicitario. Para, al menos, tener la esperanza de lo venidero, donde dejar que las palabras corran hacia su mentira, o hacia otra verdad vista por multitud de ojos que saben que lo evidente es sólo parte pequeña de la verdad.

